

y hablar á la mi señora con aquella humildad y sumision que si ella fuera la Vandomesa, y él un pobre cautivo.

Señora huésped, máteme usted, que, voto á Dios, siquiera por sacar el alma de entre tanta suciedad, me holgara que me matara. Señora huésped, déjeme llegar, y no me haga estar aquí afrentado entre tantos muchachos que tienen mi cuerpo cercado. ¿Han visto cómo se han juntado como moscas á la miel? Señora huésped, compadézcase de mí, que estos muchachos no me dejan, como si nunca hubieran visto á un hombre enlodado. Mal haya aquella infame de mi prima, que me hace andar en estas estaciones. Ande, señora, meta aquí la mano, y sacará dinero. Como la huésped oyó dinero, enterneciése algo, y por gran merced le miró al rostro; mas como le vió sayo, gregüescos, manos, cara y calzas tan avecinados en Mérida, no solo no llegó, pero huyó, y dijo: Algun sin alma. Andad para bordián á burlaros con la hideputa de vuestra prima. El mocito, pensando que sus ruegos habrían enternecido la empedernidísima mesonera, ibasele acercando; mas ella, asiendo del látigo, tornó á hacer segunda impresion de palude y palazos sobre el cuarto derecho delantero, con lo cual le hizo ir trepando calle ahíta, hasta que embocó por la puerta de la ciudad; y no fué poco caer yendo tan rodeado de muchachos, que festejaban la burla á osadas. En fin el triste, por último albergue, se fué á lavar á una alberca de agua, que estaba junto á la barbana del muro. Allí se echó en remojo; pero ni quitó la mancha del vestido ni de la fama. Ya que esto hubo pasado por agua, parece ser que le miraron con mejores ojos, y le recibieron en el meson, donde sacó real y medio, con el cual hizo finiquito de la deuda del cesto: cobró su sombrero y zaragüel, y á vueltas de esto le dió una correccion fraterna la hermana mesonera, á la cual estuvo descaperuzado y tan temeroso como si fuera penitenciado por la Inquisicion; y así era, sino que la inquisicion no era santa.

Yo bien adiviné el ruido que á esta hora debia de haber en el meson, porque conocia el humor del mozo y la

codicia y cólera de la mesonera, aunque á prima faz parecia borrega, pero en fin leonesa. Decíame á mí mi madre que una mesonera es como un reloj. Decia bien. El reloj, cuando va de en lance en lance, y de muesca en muesca, ruido hace, pero es pequeño y gustoso; mas si da un golpe en vago, todas las ruedas se descomponen, y hace gran ruido; así una mesonera, que de momento en momento va golpeando la bolsa con dinero fresco de huéspedes que van y vienen, hacen un ruido suave, y al son de las llaves del llavero alegra el hemisferio de su meson; mas si un huésped se le escapa sin pagar, da el golpe en vago, desconciértase el reloj, y arma un ruido del diablo. El estudiante despachado salió reciamente como una vira á buscarme; pero por ahora no te daré cuenta del suceso del encuentro, porque tengo que despachar otros mejores cuentos. Así que, adivinando el alboroto que á este punto pasaba en el meson que estaba junto á la puerta de Santa Ana, no quise tornar por ella, que es sobre asnedad no huir del lugar en que una vez hubo daño y peligro. Fuíme por una calle que los leoneses llaman Renuera, y creo pusieron este nombre á aquella calle con intencion de renovarse las casas; y como quizá no hubo bolsa para tanto, pusieronla aquel nombre para cuando lo hagan. Ya no le falta todo, que tras el nombre le vendrá el hecho, si Dios quiere; á lo menos ella es angosta y larga, como cédula de sacar prendas; con todo eso cupimos por ella yo y mi borrico, que no fué poco, segun iba ancho de ver que entraba en ciudad y en poder de quien le sabia bien tañer, y acompañado de otro, digo de Bertol, que tanto monta. Ya te cansará el leer los arrabales de mi leyenda; pues ¿por qué no me lo decias antes, lector amigo? Quédese aquí norabuena; y en estando de autan, avísame, que me verás ciudadana y en el meson, que es mi centro, y quizá te dará mas gusto.

APROVECHAMIENTO.

La mujer viciosa fácilmente se precipita á poner los hombres en peligro, que quien no teme el suyo, tampoco teme el ajeno.

TERCERA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO

DE LA PICARA ROMERA.

CAPITULO PRIMERO.

De la Mirona gustosa.

1.—DE LA MIRONA FISCANTE.

Esdújulos sueltos con falda de rima.

Suele en el verano el blando céfiro
Hacer entre las yerbas varios círculos:

Entrase penetrando hasta lo íntimo,
Queriéndolas haber con los antipodas.
No pudiendo bajar, sube al empero;
No pudiendo subir, torna á lo ínfimo.
Anda, vuelve y revuelve, y desde el ártico
Da vuelta general hasta el antártico.
El necio, cuando oye tal estrépito,
Teme como si fuera ruido bélico;
El sabio dice que es cosa utilísima,

Pues los terrestres, aéreos y acuáticos
En él tienen contra el mal antídoto,
Gusto, regalo, esfuerzo, ánimo;
Solo el enfermo dice ser mortífero.
El dulce viento á los sanos salúfitero.
Así Justina, hecha un blando céfiro,
Con pies, ojos y lengua hace mil círculos,
Apodosa que penetra hasta lo íntimo,
Sus ojos son zahoris de los antipodas:
Lo que encarece, súbelo al empero;
Lo que vitupera, abátelo á lo ínfimo.
Anda, vuelve, revuelve, y desde el ártico
No deja cosa intacta hasta el antártico.
Oyóla un necio, é hizo tal estrépito,
Cual si resonar oyera rumor bélico;
Mas ella prueba ser cosa utilísima,
Trayendo á cuento (¿qué piensas?) los acuáticos,
Y concluye, que las gracias son antídoto
Contra el daño, y en las penas ponen ánimo;
Que solo un necio siente ser mortífero
Aquello que llama el cuerdo salúfitero.

Dicen que la vista es el sentido mas noble de los cinco corporales, y por esta causa los filósofos le dan muy honrosos epítetos; y he oído que Aristóteles dijo ser la vista la mas noble erriada del alma y la mas fiel amiga de las ciencias; y Platon la llamó espejo del entendimiento; Séneca, arcaduz de bienes; Ciceron, mina de tesoros; Eurípides llamó los ojos los galanes del alma; Teseo, escuderos de la voluntad; Menandro, espejos de la memoria; los excelentes griegos, reyes de los poetas, los llaman aljófares, perlas, cristales, diamantes y estrellas. Estos diz que lo dicen, véanlo allá, que si la cota saliere falsa, no seré yo la primera que creo en cotas que no son á prueba; así que todos convienen en que no hay gozo sin vista, y que con ella todos los gustos son tributarios del alma. Por mí digo que esto de ver cosas curiosas y con curiosidad es para mí manjar del alma; y por tanto les quiero contar muy de espacio, no tanto lo que vi en Leon, cuanto el modo con que lo vi, porque he dado en que me lean el alma, que, en fin, me he metido á escritora, y con menos que esto no cumplo con mi oficio; y noten que cuando les parezca que murmuro, me aguarden, no me maldigan luego, espérenme, que cuando no piensen volveré con la lechuga, que aunque sea para con tocino, no es mala, y hecha la cuenta, verán que torno mas honra que la que debo, que no pretendo disgustar á nadie ni llevar lo bien ganado.

Como digo de mi cuento, yo entré en Leon caballera en mi borrica por la puente que llaman de San Márcos, que es el nombre de un ilustre convento de los señores frailes de Santiago, á cuyas paredes está arriada la puente. Esta casa, segun me pareció, tenia muy buena habitacion, si se tomaran la sillas del coro, que son tan buenas como yo pienso que serán las celdas en que han de vivir cuando las hicieren. Tambien la iglesia está muy buena. Es muy suntuosa, capaz, exenta, costosa, alta, anchurosa, desenfadada, grave y galana; sino que yo quisiera que la volvieran lo de dentro afuera, como borcegui; y si así estuviera al derecho, dígolo porque noté que lo mas delicado de la obra, lo mas primo y mas costoso y la imagineria de canto mas delicada y mas sutil, la pusieron hácia

fuera, al oreo de viento y agua, y lo mas llano hácia dentro. Yo no sé qué fundamento tuvieron los artífices para hacer un tuerto tan contra derecho. Esta misma cuestion se movió estando yo presente; y sobre cuál hubiese sido la ocasion de traza semejante daban mis compañeros los romeros varios pareceres; y no se espanten, que ya han prescrito los holgazanes en dar sus votos sobre toda arquitectura y perspectiva; y aun los picaros no admiten cuento que sea de menos estofa que la toma de la Goleta, y cuando mucho quitan del precio, consienten de por amor de Dios que se cuente á la ligera un poco del señor don Juan de Austria, con censo de que al mejor tiempo se le ponga silencio para que se trate de mayores cosas. Así que comenzaron á discurrir mis camaradas en esta cuestion, que á caer entre picaros, llamaran de voz, sin permitir la sentar; pero romeros comen de todo.

El primer voto, sin duda galano, fué decir: Mirad, esta iglesia, como está tan junto al rio, débenla de lavar á menudo, y ahora como la han puesto á secar, sécanla por el derecho, que en estando enjuta, volverán la haz hácia dentro, como á ropa seca. Otro dijo: No es eso, sino que esta iglesia la fundó gente caritativa, y viendo que todo el aire burgalés, que es el dañoso, habia de entrar por esta parte, pusieron hácia fuera la imagineria, para que tocando el aire en ella, se purificase de pestilencia. Devota contemplacion por cierto; pero á mí no me cuadró, porque si esto pretendieran, ¿no habian de haber puesto entre otras santas imágenes algunas medallas que allí hay de mozas tan pecadoras como yo y otras como yo? Otro dijo que como aquella casa se ha mudado tantas veces, á la iglesia se le autojó tambien; y no se le amañando jornada mas larga, se volvió lo de dentro afuera, que fué encamisada de las mas galanas que no he visto; á lo menos, si es así, que desde principio la fundaron aquella casa como ahora está, una queja tenemos los forasteros de los señores tracistas, y es que sin duda fiaron poco de nuestra devocion y curiosidad, pues creyeron que no tendríamos flema para entrar adentro á ver lo bueno, si lo pusieran dentro, sino que lo dispusieron de tal modo, que visto el lienzo del frontispicio, no hay mas que ver. Es como colgadura de tela, que todo se ve de una vez; ó por mejor decir, es comida á la borgoñona, que todo se sirve junto. Verdad es que adentro diz que tienen un muy buen medio claustro, con una escala de Jacobo, que parece que se hizo aposta para enseñar á trepar. A fe que diz que es agría; aunque no sé si esto de la escalera mal madura es allí ó en monasterio del señor San Claudio, donde cantan muy recio unos pavos. Tambien tienen allí en San Márcos una sacristia de muy buen yeso, con variedad de molduras y medallas, que por lo menos nadie dirá que aquella sacristia está hecha en canto llano. Junto á este convento vi un hospital, que se edificó para que estén allí malos los franceses y otras gentes que van camino de Francia, y no buscan á Gaiferos.

Parécele á alguno que soy como el hortelano, que de

cuantas yerbas tocó, solo echó mano de la mala; pero aunque pícara, sepan que conozco lo bueno, y sé que aunque esta iglesia, mirada con ojos médicos, cuales son los míos, parece que está al revés; pero para quien mira á las derechas, al derecho está, sino que siempre fué verdadero el refran de aldea: Cual el cangilon, tal el olor. Los ojos picaños, aunque sean truchereros, siempre tienen algo de borrachos, en pensar que las combas del nivel propio son tuertos de lo que mide.

Bien veo que fué muy buena traza no poner aquellas medallas junto al Sacramento y en parte tan oscura; y si dije que no hay mas celdas y habitacion que iglesia y coro, búrlome; ca hablando de veras, es claro que es suma alabanza suya el no haber edificado celdas para sí, ni cuidado de su descanso, por solo dárselo á Dios, y carecer de aposentos, porque Dios los tenga holgados, que aunque pecadora, bien sé la historia de Salomon, el cual primero dió templo á Dios que palacio á su corona; y la de Urías, que no quiso cama, por saber que estaba en campaña la tienda del capitán general de los ejércitos el cielo y suelo. Si mi voto no acortara la grandeza de aquellos señores, yo los llamara segundos Urías y Salomones, pues por haber dado insigne templo y casa de descanso á Dios, carecen del suyo propio; cuanto y mas que la orden de aquellos ilustres caballeros no quiere descanso, siendo su profesion y ejercicio el quitar á los enemigos el que desean y ahuyentar la infidelidad de los términos de su invencible España. Estos cuidados los hacen no acabar claustros, pretendiendo antes atender á cercar y claustrar ciudades y reinos enemigos; y este asiduo y trabajoso ejercicio les hace que no sientan la subida de escaleras agrias, gente que escala fuertes con tal valor, que si en las nubes hubiera muros de enemigos, por ellos rompieran, y en el mas alto alcázar pusieran su real bandera, adornada con la espada que da á España renombre famoso y blason insigne. ¿Paréceles que lo he parado bueno? ¿No ha estado buena la buena barba? Pues déjolo, con juramento que es verdad todo esto, y otro tanto que callo, así de lo de veras como de lo de burlas. Hágome de cuenta que callando lo ridículo y lo no tal, quedará la olla de mi seso hecha cazuela de pepitoria. Quiero contar mi derrota y camino.

Dos famosos rios cercan á Leon, para que entre otras coronas que ciñen aquella ilustre cabeza de las Españas, no sea menor una corona de claros y cristalinos rios, adornados de varios y frondosos árboles, pregoneros de una victoriosa é ilustrísima cabeza. Por la ribera de uno de estos rios, alta, llana y apacible, fuí caminando para entrar en la ciudad. Yo amo á aquel pueblo por ser cabeza de mi madre Mansilla, y así me perdono por haber dicho mal de él. Cuanto dije de mal en la primera entrada fué disímulo, que el que quiere bien una cosa, siempre anda por extremos, cuándo diciendo mucho bien, cuándo mucho mal; pero siguiendo el pícaral estilo que profeso, acudiré á lo uno y á lo otro; solo vayan con lectura, que lo bueno se tome por veras, y lo que no fuere tal pase en donaire,

porque lo contrario seria sacar de las flores veneno, y de la triaca que hago contra sus melancolías tósigo para el corazon.

Fuí caminando, como dicho tengo, por una espaciosa y apacible ribera hasta entrar en una ancha calle, que tiene ambas las aceras de huertas y planteles amenisimos. Llegué hácia otro convento que está junto á la puerta, por donde entré en la ciudad, y no tuve poca gana de entrar dentro de la iglesia, siquiera á la puerta, á tomar agua bendita, que no venia yo tan mal obligada de entradas de iglesia, que trajese perdidos los aceros de entrar por sus puertas. Parecióme el monasterio grave y bien edificado; mas quiso mi desgracia que aunque vi la iglesia y el monasterio por defuera, no entré dentro, porque jamás pude columbrar ni divisar la puerta de la iglesia, ó si la vi, no la conocí, porque una que allí se descubria era agravio manifiesto pensar que por ella se entraba. Por menos inconveniente tuve pensar que en aquella iglesia se entraba por minas, como en la ciudad de Pamplona, ó por el tejado con garruchas, como en algunos castillos, que pensar que por tan poca puerta, vieja y baja, astrosa y estrecha, habian de entrar; porque pensar que era casa encantada y con puerta invisible, es pensar que somos esdrújulos; á lo menos no podrán decir que aquella es la puerta de los vicios, sino puerta de las virtudes, pues en la entrada es tan estrecha como anchurosa despues. Con esta ocasion pasé de largo, sin ver el monasterio mas que por defuera; solo pude echar de ver que aquel monasterio tiene mas tierra que el Escorial; entiéndese en las tapias. Por eso decia el otro: Dios te deje, hijo, tratar con gentes llanas, que hacen las casas á mazadas. Verdaderamente que cuando los predicadores quisiesen decir á los hombres que sus cuerpos son casas terrenas, les podrian decir: Acuérdate, hombre, que tu cuerpo es casa leonesa, que en nuestro lenguaje jacarandino seria decirle: Acuérdate que tu cuerpo es terreno y desmoronadizo.

Aunque no vi el monasterio, tuve mucho cuidado de preguntar á mis compañeras si le habian visto, y me dijeron que sí. Pedíles que me contasen lo visto, y una me dijo que le mostraron un candelero de Flándes, el cual sobre una piramidal de bronce torneado, funda un vistoso artificio, y de este tronco de bronce salen cuarenta y cinco hermosos candeleros de tres órdenes, á quince por banda, con gran proporcion, y de trecho en trecho, entre candelero y candelero, sembradas bolas de bronce y salvajes de preciosa labor, y en el último remate un salvaje bravato, con unas armas asidas de la una mano, y en otra un nudoso baston. Yo, cuando las oí, las dije: Segun eso, cuando ese salvaje y salvajicos estuvieren colgados, al menearse el candelero parecerá flanza de titeres ó matachines, gobernada por el gran salvaje; en fin, me hicieron creer que era el mejor candelero del mundo, y por hacerles limosna y buena obra, lo creí. Tambien me dijeron que las mostraron seis cabezas de vírgenes, las tres bien puestas, bien labradas y aderezadas con unas piedras que fue-

ran preciosas, si todo lo que reluce fuera oro. Las otras dos ó tres las tienen en unas cajas de una madera muy no sé cómo, y hízoles lástima su mal aliño; mas esto de la pobreza hace que las cosas estén fuera del nivel del deseo. Yo mando dos reales de limosna para el aderezo, y ruego que pidan para ellas, que cuando todas las pícaras den tanto como yo prometo, yo creo que en son de hacer cabezas de vírgenes, podrán hacer otras tantas de lobo.

Como cuando yo oia esto iba diciendo algunas gracias, quiso mi ventura que un cura muy aficionado á los frailes de aquella orden, que me habia venido escuchando, y llevaba muy mal las gracias que yo decia, rompió la presa de súbito, y queriendo hacer la correccion fraterna, cogió un periquillo de predicarme con un hipo, como si hubiera jurado á Dios de convertir esta mi ánima pecadora, que es muy propio de necios tener las gracias por agraz y pensar que todo donaire es aire corrupto, y todo entretenimiento tiempo perdido. Comenzó á dar voces, diciendo: ¡Aquí de la Inquisicion, que murmura de los conventos de Dios! ¡Aquí del rey, que dice mal de los monasterios reales! Y no le faltó sino decir: Al arma, al arma, que es el cuerpo de Draque y el ánima de Lutero! No podré ni sabré referir todas las razones que me dijo en reproche de las mias; pero diré las que mi memoria pudiere sacar al ojo de la éolada. Va de sermon.

Hermana, si estos padres no tienen gran puerta de iglesia es porque ni han menester mucha puerta para salir ellos, ni para que vos entreis, que lo primero les viene de su mucho recogimiento, y lo segundo de su poca codicia, tan conocida en el mundo. Y si vos no hallastes por dónde entrar, no importa, que los monarcas, emperadores, papas, reyes y príncipes hallan puerta para entrar por ella á tratillos, regalillos y estimallos. Por esa puerta han entrado y salido gentes, que con milagro conocido han alcanzado salud del cielo en raras y estupidas enfermedades. Es puerta chica, como de castillo, porque los conventos de religiosos son castillo de sabiduría, muro de ciencia, alcázar de santidad, y como castillo de universal armería cristiana, tiene la puerta estrecha. No me espanto que para vos no haya habido puerta, que por la tan estrecha no entran sino los que pretenden desnudarse de la camisa vieja del mal trato y vida pasada. Puertas son que, allí donde las veis, á muchos han parecido estrechas al entrar y anchurosas al salir, quiero decir, pesádoles que fuesen tan holgadas para poder salir, y al entrar no tan anchurosas cuanto la gana de entrar por ellas.

No se rian del candelero, que tal candelero para tales luces de religion, y tales luces para tal candelero, y si tiene salvajes, es una gala, que para ornato divino es muy bueno. Y crean que los santos que sanan enfermos tienen en sus altares las muletas en señal del hecho; no fuera impropiedad decir que delante de sus luces están hombres salvajes, en testimonio de las bárbaras é incultas naciones que han reducido á la luz del

Evangelio. Las santas vírgenes confieso que están mal puestas. Mas eso es confusion de nuestra corta devocion y argumento de su pobreza. Cuanto y mas que es grandeza que de tal materia hayan salido hechuras de tres medios cuerpos humanos, y con poco aderezo se pudieran adornar de modo que parecieran mucho. Y otra vez, hermanas, no les acontezca hablar así de los monasterios. Aquí paró el santo cura, que no fué poco, segun habia sido la carrera que habia tomado. Halléme tan confusa, apretada de ver su enojo y mi inocencia, que no supe sino decirle que yo pedia á la Iglesia el otro sacramento de la extrema uncion que me faltaba. Tan alligida me vi, que ya pensé que habia recibido todos los demás sacramentos, y solo me faltaba luchar con el diablo.

Quiso Dios que una vecina mia, por divertir mi pena y la correnca del padre cura, salió á decir un cuento, y fué que entrando en aquel convento de que tratábamos, vió en una capilla unas vimbras atadas, con que diz que azotan á los frailes, y se llaman disciplinas, y el fraile que les enseñaba la casa, tomando la disciplina en la mano, las dijo: Señoras, ¿quieren colacion? Y ella respondió: Padre, yo ayuno, que es hoy viérnes. Alza Dios tu ira; héle aquí mi cura otra vez mohino. Con este tema tornó el cura á sus alegorías, diciendo: Ahí verán, son unos santos, no convidan mujeres con veinte meriendas profanas, sino con disciplinas. Mas quieren parecer secos que profanos, mas desamorados que pretendientes. Pardiez, mi vecina y yo, viendo que entablaba para otro sermon, dejámosle dando de mano hasta que se cansó y dejó de moler. ¿No veis qué necio? ¡Miren de qué se enojó, de oirme decir gracias! Como si mis donaires fueran bombardas. ¡Qué mal sabia este buen señor que no hay mejor rato que un poco de gusto! No hay hombre discreto que no guste de un rato de entretenimiento y burla. En su manera, todas cuantas cosas hay en el mundo son retozonas y tienen sus ratos de entretenimiento. La tierra cuando se desmorona retoza de holgada, el agua se rie, los peces saltan, las sirenas cantan, los perros y leones crecen retozando, y la mona, que es parecida al hombre, es retozona; el perro, que es mas su amigo, es jugueton; el elefante, que se llega mas que todos al hombre, los primeros dias de luna retoza con las flores, y dice requiebros á la luna. Lo demás que falta dígalos doña Oliva, que libra en el gusto salud, refrigerio y vida; esta sí que era discreta; pero ya se sabe para quién no es la miel, ya se sabe qué ojos disgustan del sol; aclárome. Tambien y todo, ahora que no me oye el clérigo, ¿es necesidad pensar que á una mujer que dice una gracia, luego es hereja? Sí, que cristianos somos, y aunque no sabemos artes ni toldogías, pero un buen discurso y una entrapelia, bien se nos alcanza, sino que estos hombres del tiempo viejo, si dan en ignorantes, piensan que no hay medio entre hereja y Ave María.

APROVECHAMIENTO.

A los santos templos, que para el santo son un des-

pertador del alma y un incentivo de devoción, hacen la gente libre y disoluta casa de conversación y blanco de entretenimiento. Cosa que por ser tan contra la honra de Cristo, morador de los templos, la castigará á speramente; de lo cual dió indicio su majestad divina viviendo en esta vida mortal; pues solo castigó por sufrir á los violadores del templo, cosa digna de notar de su modestia. ¡ Oh Majestad suprema !

2.—DEL BARBERO EMOBADO.

Versos sueltos, con fin de rima.

Un solar vivo salvaje vió pintados
Ciertos salvajes, que con sus lanzones
Ocupan un hermoso frontispicio
De unas ilustres casas, que en Leon
Habitan los Guzmanes mas famosos;
Quedó abobado solo en ver salvajes;
Puedese decir de este embobado:
No diñere lo vivo y lo pintado.

Bertol Araujo, que así se llamaba el malogrado del barbero que se me ingirió, tenía muy poco de especulativo, y dábale notable pena verme tan escudriñadora y curiosa. Mas viendo que no me podía sacar de mi paso y que era fuerza el verlo todo, me dijo: Señora Justina, pique esta burra, si trae con qué, ó si no, déla que ande, y verá la huerta del Rey, que es nombrada en Leon, y está dos pasos de aquí. Yo como oí decir huerta de rey, pensé que era algun Aranjuez ricamente aderezado con mucha murta, jazmin, arrayan, alelis, mosqueta y clavellinas. En fin, huerta de rey; ¿qué será bueno que viesse yo en la huerta del Rey? Por vida de mi gusto, que si no fueron muchos, infinitos cuernos del rastro, otra mosqueta ni mosquete, otros claveles ni clavellinas, yo no vi. ¿Pues el olor? De pecinas, sangre, lodos, charcos, lechones, era todo tan lindo, que hacia olvidar la fragancia de los mil Aranjueces. Eran tantos y innumerables los cuernos que cubrian el suelo, y aun mi corazón de tristeza, que verdaderamente no sé quién puede llevar en paciencia aquel estar un cuerno siempre jurándolas por la punta, la cual por la mayor parte está vuelta hácia la cara, y querria mas ver puesto hácia mi cara un mosquete á puntería que aquel maldito y descarado encaramiento corniculorío. Esto llaman los leoneses huerta del Rey, que si hay herejías contra la majestad real, esta es una. Mas soy tan dichosa, que nunca me falta quien me saque el ánima de pecado; diréles el cuento, que es donoso.

Encontré un soldadillo leonés, donosa figura; traía un alpargate y calza de lienzo, un gregüesco de sarja, ó por mejor decir, arjado de puro roto y descosido; una ropilla fraileña, que de puro manida parecia de papel de estraza; un sombrero tan alicaído como pollo mojado; una capa española, aunque según era vieja y mala, mas parecia de la provincia de Picardía; un cuello mas lacio que hoja de rábano trasnochado, y mas sucio que paño de coldr tinta; una espada del cornadillo, en una vaina de orillos. Era pequeño, azogado, inquieto, bullicioso y gran bachiller, otro segundo mesado, sin mas ni mas; se enojó en forma de ver que me reía de que llamasen á aquella huerta de rey,

y hecho un leon, con la espada empuñada, me dijo: El Rey mi señor hizo esta huerta, y esta huerta es huerta del Rey mi señor, aunque la pese á la relamida. El Rey mi señor es rey de España, y cuando plantó esta huerta le pareció que para el sosiego que él habia de tener en su casa le bastaba haber unos simples sauces calisos que aquí plantó, porque lo mas del tiempo ocupaba en vencer infieles, moros y paganos. Sí, y aunque pese á quien pesare, esta es huerta del Rey mi señor. Yo me turbé de esto, que no soy espantadiza; mas á mi burra no sé que le tomó, que no daba paso adelante, aunque la daba palos asaz, pues no sé por qué, que yo no iba á maldecir maldito aquel. Visto que Bertol no respondia, y la burra no caminaba, y el soldadillo no cesaba, determiné hacerle un fiero espantavillanos, y dije: Si es huerta de rey ó no, no se meta el muy pícaro en eso; que si llamo á mis criados le haré moler el colodrillo á palos. ¡ Oh cómo relampagueaba los ojos, oh qué asas de brazos, oh qué ademanes! Todo fué tal y tan bueno, que el soldado determinó encomendarse á san piés y rezar la oración del buen callar llaman santo; así noramala, así se han de tratar estos buscaruidos, que son como cohetes, que no hacen mal á quien los apuña, y ofenden á quien de ellos se desvia. ¿Qué se le daba al picarillo que yo dijese lo que quisiese? ¿Yo no tenia pagado el alquiler de mi boca por todo el día? El Rey mi señor, decia; mira quién dijo el rey mi señor; todos somos del rey, y si tales hombres, por ser soldados, son del rey, muchas mujeres, que somos soldadas, aunque mal soldadas, tambien somos del rey.

Concluida esta aventura, apresuré el paso, porque me sacó del mio la pesadumbre de la rencilla, y si por mí fuera, no anduviera mas á caza de ver curiosidades en Leon, por no encontrar mas uñas de leon; pero como sea verdad lo que oí á un galan, galinillo, que donde acaba el filósofo comienza el médico, parece ser que cuando yo acabé el deseo de ver curiosidades, comencé á tenerle el barbero Bertol, mi íntimo; persuadíame fuésemos á San Isidro, donde están muchos reyes juntos sin baraja, que no es poco; mas yo le dije que no era amiga de ver reyes tan de por junto, y por buen arte me escapé de que me llevase á ver las antiguallas de aquel santo monasterio. Si yo fuera muy devota, en lo que yo me habia de ocupar era en ver á San Isidro de Leon, pues aquella casa en reliquias preciosas es un Jerusalem, en indulgencias una Roma, en grandezas de edificios un panteon, en religion la anacoreta, en coru un cielo, en el culto divino, riquezas, brocados, plata, oro un templo de Salomon; pero como á los ojos tierros es la luz ofensiva, tambien esta grandezza lo era para mí en el tiempo que mis mocedades me traian como corcho sobre el agua. Ya soy otra. Aquí venia bien el dicho de Marioleta, si no fuera gracia insolente, la cual para persuadir á un su sobrino en que fuese bueno, le dijo: Mochacho, aprende de mí que ya soy otra, que compré un rosario, si á Dios plugo, por señas que aunque está enhilado de un simple hilo de seda floja, no se me quiebra, que no soy como otras traviesas que á se-

gundo día quiebran el rosario; noranegra cuélguesele de un clavito, como yo hago, y así durará el rosario; mal cuento, peor dicho, pero peor era yo.

Fuimos por las casas de los Guzmanes, que es paso forzoso. Estas me parecieron una gran cosa; mas bastaba ser aquellos señores del apellido del mi señor Guzman de Alfarache para pensar que habian de ser tales. Ahora me dicen están muy mejorados y muy ricamente adornados los dos lienzos de casa con ricos balcones dorados, en correspondencia de muchas rejas bajas y altas, de gran coste y artificio, de lo cual resulta una gran hermosura, acompañada de una grandezza, gravedad y señorío trasordinario, anchurosas salas, aposentos ricos, vigamento precioso, cantería y labor costosa y prima, hermosa casa á fe; solo me pareció mal que á una escalera le falta cosa de veinte y cinco varas de pasamano, y dos ó tres salseritas de blanco color para afeitar unas desvergonzadas tapias de la caja de la escalera, lo cual, por ser en parte tan notoria y comun de aquella casa, hace notable fealdad, digna de enmienda. Aquí, en ver estas cosas, se quedó abobado el barbero Bertol Araujo, aunque para esto de embobarse no habia él menester apetite. Lo que á él mas le cuadró fueron dos salvajes de cantería, que están á los dos lados del balcon que están sobre la portada principal, en cuyo frontispicio está un epitafio ó letrero, el cual, á dicho de los que le entienden, es tan verdadero como bravato. El Bertol, viendo los salvajes, que eran de marca mayor, nunca acababa de repetir: Estos si que son hombres, pesiatal; porque entendian el gusto barbero que no supo hablar de burlas, sino con burras vivas, ni de veras, sino con salvajes pintados. En San Márcos habia él visto las figuras de muchos emperadores, capitanes, emperatrices, reinas, galanes, damas y otras mil curiosidades, y en la misma casa las habia, mas nunca desplegó su boca para alabar cosa ninguna, sino estos salvajes; solo á estos dió título de hombres y dábale gran gusto verlos tan denodados con sus lanzones. Yo pienso que estos salvajes le cuadraron por dos razones: la una por la conveniencia bobuna, y la otra porque, según era animal desasociable, si á él le dejaban sangrar conforme él quisiera, sangrara las gentes con un lanzon en la figura, traza y postura que tenian aquellos salvajes, y con todo eso tenia de exámen, que según he oido decir, al que va graduado por el que llaman daga dinero, nunca negocio mal. Vaya con Dios, que con esto se podrá decir que somos hoy día tan caritativos, que aun los bobos no llevan la sangre del brazo, y aun con eso mueren hoy día las gentes á humo muerto.

Yo bien dejara á mi sangrador espetado y boquiabierto, á que se hartara de ensalvar los ojos y alma con la vista de sus queridos salvajes, mas por los que nos habian visto venir juntos y por llevar compañía de hombre como moza honesta, le recordé del susto para que pasásemos adelante, y él á mis ruegos lo hizo. Verdad es que le di dos aldabadas á la boca del estómago para que recordase, y aun ahora no sé si ha acabado de mirar los salvajes. Hasta que colamos toda la calle que la-

man la Herrería de la Cruz, otra cosa él no hizo sino volver aquellos sus ojos á los amigos, que yo no sé cómo no se deservigó á puro torcer la cabeza, que parecia cigüeña cantadora ó el asno Ciprico, el cual despues que Júpiter le convirtió en hombre, siempre que oia roznar, bailaba y volvía la cabeza atrás.

Ya quiso Dios que llegamos á un meson que está á las espaldas del palacio del conde Fernan Gonzalez, donde entonces vivian los obispos. Consolóme ver que hubiese meson á quien hiciese espaldas un obispo, y mas yo, que tenia algunos pleitos con estudiantes. Antes de tomar posada le pregunté á mi camarada qué pensaba hacer y cuándo se pensaba ir á Mansilla. A lo cual me respondió que él habia de comprar unas ventosas de vidrio y dos lancetas, y no sé qué listones y algunas monas muertas y gatos para la tienda, y que comprado aquello, se pensaba partir de mañana. Yo le dije: Pues, señor Araujo, si es que por la mañana se parte, todos iremos de camarada, que gusto de oírle rocinar, digo razonar, por el camino, y crea que poco mas á menos toda la lana es pelos. No sabrá por qué lo he dicho; dígoles porque cuanto á habitacion, conversacion y recreacion, Mansilla y Leon para en uno son. Con esta determinacion entramos en el meson yo y Perauton.

APROVECHAMIENTO.

Las mujeres dadas á vano gusto; no le tienen en mirar cosas honrosas y de autoridad.

CAPITULO II.

De la bizma de Sancha Gomez.

1.—DE LA ENFERMEDAD DE SANCHA LA GORDA.

Tercetos de piés cortados.

Aquí verás la pintura del dios Ba	co
En una mesonera gorda y bo	ba,
Que es puro bodegon de carne huma	na.
Descúbrela á Justina sus amo	res,
Su trato, su hacienda y sus secre	tos,
Justina en pago le hace la mam	na.

Era la dueña de este meson viuda de dos maridos, ó por mejor decir, de marido, á cuya causa traía una toca roquetal muy larga, que en razon de exceder la grandezza de su persona aquel hábito y toca, se puede creer que la mitad de la toca era por el marido y la mitad por el fiador. Parecióme algo coja, y no lo era, sino que las gordas siempre cojean un poco, porque como traen tanta carne en el peso, nunca pueden andar tan en el fiel que no se desquilate una balanza mas que otra, y esta era gorda en tanto extremo, que de cuando en cuando la sacaban el unto para que no se ahogase de puro gorda. No lo hubiera conmigo, que yo la enjugara la panza con cortezones duros y secos, que así curé yo una perilla de una dama que tenia hastío de comer bizcochos. A esta mesonera, mi huésped, la llamaban en Leon por mal nombre Cobana Restosna, de que ella se corria mucho, porque se le pusieron por causa de cierta noche que se halló bautizada en vino como sopa.